

Fútbol y política: Expertos evalúan cómo «se le saca el jugo» al Mundial

¿Hizo bien el Presidente Piñera al partir a la zona damnificada por el terremoto para ver los partidos de la Roja? ¿Cómo hacer para existir mientras se juega la Copa del mundo? ¿Les reditúa a los parlamentarios andar de pelucas y vuvuzelas?

Con sus agudas miradas —y sus diferencias— Roberto Méndez, Francisco Javier Díaz, Eugenio Guzmán y Jorge Navarrete coinciden en que, en estos momentos, el fútbol es algo donde los políticos «tienen» que estar.



Roberto Méndez, Adimark GfK
Piñera, Bachelet
y Bielsa

Los estudios de opinión pública del verano post elecciones y antes del terremoto mostraban que los chilenos estaban particularmente optimistas, casi eufóricos, podríamos decir. Las razones eran tres: la gente celebraba el exitoso manejo de la crisis económica que había logrado el gobierno saliente de la Presidenta Bachelet. Segundo, el Presidente electo, Piñera, había logrado transmitir la expectativa de un futuro de desarrollo, crecimiento y oportunidades. Y en tercer lugar, Bielsa con su exitosa campaña clasificatoria nos había devuelto el orgullo nacional, que al menos en materias futbolísticas estaba bastante deteriorado. Fue un momento de notable unidad y cohesión social.

El terremoto alteró de manera brutal el escenario. Los estudios mostraron un duro golpe a las expectativas. De un minuto a otro, todos fuimos damnificados, sin duda más pobres, pero sobre todo mucho más vulnerables. El terremoto no sólo nos demostró la fuerza de la naturaleza, sino también la incapacidad del Estado de protegernos de las incertidumbres. El futuro era de nuevo, incierto.

Mientras escribo estas líneas, el país está paralizado, inmóvil frente al televisor. En minutos se inicia el match sobre el que existen tantas ilusiones. Ya el triunfo frente a Honduras hizo saltar el optimismo social hasta el paroxismo. El terremoto y sus secuelas van quedando atrás, al menos para aquellos no directamente afectados. El Presidente conoce bien a los chilenos, y ahí en Constitución, mirando el partido con la gente, está en el lugar preciso: cerca de los damnificados y cerca de los muchachos de Bielsa. Es una gran oportunidad para reiniciar su gobierno en el clima de optimismo con el que fue elegido.

Jorge Navarrete, abogado

Credibilidad a prueba

La pasión deportiva ha sido, desde siempre, un objeto deseado por la política. Primero, porque se trata de un espacio profundamente igualitario, que no reconoce diferencias o especiales títulos a la hora de participar u opinar. Segundo, porque se trata de un vehículo de integración social, político y cultural. Después de una guerra, dicen, nada más cercano a una causa de unidad nacional. Por último, porque los éxitos deportivos son, parafraseando a Marx, lo más parecido al opio del pueblo; nos hacen olvidar por algún momento nuestras tristezas, miserias o desventuras. Es la combinación de estos tres rasgos —masivo, integrador y analgésico— lo que seduce a la clase política.

Con todo, se trata de un ámbito a ratos esquivo, ya que los ciudadanos juzgan con especial severidad cuando notan que este interés no es del todo genuino. Así lo experimentó Piñera al abandonar su club —la UC— y confesar una oportuna devoción por Colo-Colo, uno de los equipos más populares. De igual manera, la fría recepción que le brindaron los jugadores y cuerpo técnico de la Selección evidenció esa desconfianza, al percibir en él una excesiva, cuando no desubicada familiaridad.

Algo similar ocurrió en el debut mundialero. A todas luces, y en términos objetivos, la opción de ver el partido con los damnificados en el sur era una mejor alternativa que asistir al estadio, como lo hizo Michelle Bachelet. Sin embargo, quizás la mayoría de los chilenos percibió que Piñera parecía más preocupado del efecto político de su gesto, que del devenir de la Selección. Al final del día, ni siquiera el fútbol puede convertir a las personas en lo que no son.



Eugenio Guzmán, UDD
Una fórmula para
estar vigentes

El fútbol es ante todo un deporte, pero también es una industria. A modo de ejemplo, se estima que son más 200 millones los jugadores; 1,5 millones de equipos afiliados a la FIFA; son 207 los países afiliados, más que la ONU, y que generan cerca de 500.000 millones de dólares anuales (la economía número 17 del mundo).

En este contexto, es evidente que los vínculos entre política y fútbol son inevitables. No participar del entusiasmo es no estar conectado. A veces estar “unplugged” puede ser una novedad en este caso incomprensible. Esto se hace particularmente más evidente en las condiciones en que participa nuestro país.

No es causalidad, entonces, que todas nuestras autoridades y dirigentes vean en esta oportunidad una fórmula de estar vigentes y conectados a la gente.

Pero eso no es todo. Las versiones modernas del nacionalismo y chovinismo se concretan en el entusiasmo que provoca el fútbol, y, en consecuencia, quien está ausente de él es considerado o extraño o poco patriota, por decir lo menos. En estas circunstancias, la clase política no puede estar al margen, y aunque las trayectorias biográficas de muchos de los actores políticos no se vinculen con este deporte, lo cierto es que a los hinchas, y en este caso a la casi totalidad de los chilenos, no les importa. Lo central es vibrar con lo que sucede y conectarse emocionalmente (rabia, pena, entusiasmo, alegría, júbilo) con lo que transcurre. No existe espacio para divergencias y diferencias (de ningún tipo), ya habrá tiempo para ellas. El problema lo sufren quienes no participan activamente de dichos entusiasmos y deberán simular a riesgo de ser sancionados socialmente.

Francisco J. Díaz, Cieplán

Ganamos, perdimos, igual nos divertimos

La cita de Galeano «ganamos, perdimos, igual nos divertimos», debiera ser la máxima de todo político que pretenda acercarse al fútbol. Deporte, vida sana, trabajo en equipo, amor a la camiseta. Disciplina, orden, táctica, misión. ¿Cómo no va a ser importante que el político lo promueva?

El problema no es que el político apoye al fútbol. Cada fin de semana se ve a cientos de concejales, alcaldes y parlamentarios deambulando por las canchas mirando las más variadas pichangas. El problema es cuando el político exagera, cuando no se cree el cuento.

A Jorge Alessandri, por ejemplo, el tema no le atraía en absoluto. Pudo haber hecho el circo político del siglo con ocasión del Mundial de 1962, pero no quiso fingir. Fue sólo a dos partidos: Al primero contra Suiza y a la semifinal contra Brasil. Su comentario luego de la derrota es de antología: “No sé nada de fútbol, pero pucha que jugaban bien estos brasileños”. Frei Ruiz-Tagle, por su parte, futbolero fiel pero sin hiperventilaciones. Era usual verlo un domingo cualquiera en el estadio siguiendo a la «U». Y cuando Chile fue a Francia 98, vio los partidos, pero nada de cueca. Michelle Bachelet siguió a la Selección con cariño y respeto. Transparentemente nunca pretendió subirse a un carro victorioso que no era de ella. El plantel de jugadores así lo percibió y la declaró su madrina.

El Presidente Piñera, en cambio, ha sido más amigo del faranduleo futbolístico, pero no ha podido sacar provecho. Tuvo una pasada lamentable por Juan Pinto Durán cuando fue a despedir a la Selección, a la vez que su historia deportiva no es muy noble: se cambió de equipo, algo prohibido expresamente en el código futbolístico. Es muy evidente el intento de arrimarse a la euforia mundialera.

Lo que se premia en el fútbol es el amor por un deporte que tanto bien hace. Si el político tiene el ojo puesto en el *people meter*, tarde o temprano la hinchada se dará cuenta.

